INTRODUCCIÓN

¿Debo tener experiencia de algo para decir con verdad que lo recuerdo? La cuestión me ha preocupado toda mi vida. Me remonto a un recuerdo particular que deseo compartir, a modo de introducción, con la esperanza de que pueda ser útil a todos, no solo para mí.

Debía tener nueve o diez años. Mi familia estaba a la mesa. Estábamos hablando de los sucesos del día. Mi padre, un veterinario del campo en el sur de Noruega, nos habló de un encuentro inquietante. Habiendo llegado, ese día, a una determinada granja, se encontró con el propietario recogiendo heno. El día era caluroso. El granjero, ya no joven, trabajaba sin camisa. Su espalda, dijo mi padre, estaba entrecruzada con profundas cicatrices dejadas por latigazos. ¿Por qué? Había estado en cautividad en Alemania durante la guerra, sometido a salvajes torturas. Las marcas de su confinamiento, normalmente escondidas, se habían revelado como un testimonio inintencionado, una especie de confesión.

Nadie orquestó la situación. Simplemente sucedió; después la conversación volvió a temas que no recuerdo. La imagen de las cicatrices, sin embargo,

se quedaron grabadas en mi mente. Era como si el mundo del dolor hubiera entrado, mediante ellas, dentro de mi universo seguro, que quedó trastornado. Me sentí vulnerable de repente, y expuesto. Había sido vagamente consciente de la guerra, tanto como un niño puede ser, de la ocupación, de la capacidad humana de crueldad; pero el darme cuenta de que alguien próximo a mí, alguien que no conocía pero que podía conocer, había estado sujeto a tal violencia me horrorizó. Somos propensos a idealizar nuestra infancia. Deberíamos desconfiar de nuestras reconstrucciones. Incluso así no creo que me deje llevar demasiado de mi sensibilidad infantil si digo que sentía la necesidad de rastrear el significado de aquellas cicatrices, de descifrar lo que representaban.

Hice lo que pude. Ya aficionado a la lectura, me interesé por la Segunda Guerra Mundial. Leí ávidamente sobre los campos. La bibliotecaria de nuestra biblioteca local no sabía qué hacer conmigo. Tenía que llevar permiso de mis padres para asegurarse de que, contra su mejor juicio, podía pedir prestado lo que quisiera. Leí historia, biografías. Descubrí la vida de Herman Sachnowitz, uno de los deportados judíos noruegos que aún seguían vivos en 1945; solamente 34.

Sus memorias hicieron que surgiera en mí un sentido de responsabilidad que aún no estaba capacitado para sobrellevar. El mundo, llegué a pensar, era un lugar amenazante; la vida humana trasportaba un potencial inmenso de dolor; alguien tenía que dar cuenta de ello. Puede parecer perverso ha-

ber llegado a tal profundidad a tan temprana edad, pero estoy contento de haberlo hecho. Adquirí el sentido de la seriedad de la existencia. Vi que, para vivir, uno debe aprender a mirar la muerte a los ojos. Antes de haber podido conocer lo que significa la palabra, estaba cansado de la superficialidad.

Por supuesto, mi infancia no estuvo confinada a esta sombría meditación. Fue mayormente feliz. Pero el mensaje de las cicatrices me perseguía. Tenía algo de trampa a veces, me doy cuenta ahora: podía acabar en melodrama. Incluso así, la carga con la que me introduje en la adolescencia fue fundamentalmente la de la verdad. La oscuridad que mecercaba y me susurraba la desesperación no era, como más tarde llegué a temer, un signo de alguna deficiencia temperamental. Era una compasión latente que luchaba por manifestarse. Y ansiando coordenadas desde las que vivir, las busqué en la literatura.

Recogí resonancias que me eran familiares en Hesse, Undset, Blixen y más tarde en Kafka y Rilke. La guerra continuaba preocupándome. Me atrajo el testimonio de aquellos horribles años en los que los hombres reducidos a su esencia, por así decirlo, luchaban por alimentar su fuego interior en medio de un mundo sumido en la noche. El canon de los escritos que me guiaron en esta búsqueda ha llegado a ser para mí una referencia básica. He sido formado por las obras de Élie Wiesel y Primo Levi, Etty Hillesum y Aharon Appelfeld, Jacques Lusseyran, Ilse Weber y muchos otros.

Sería absurdo pretender que el niño que fui o el hombre que he llegado a ser pueda *reconocerse* a sí

mismo en algo tan extremoso. Pero lo que sí puedo afirmar es esto: sabía, incluso cuando era un muchacho, que llegar a ser hombre es asumir un gran peso; que esta carga debe ser llevada con la fortaleza que viene del interior; que se me iba a pedir llevar una parte, aún no precisada, de esta carga; y que debía estar a la altura.

Había días en que este conocimiento era aplastante. Aun así, si no lo hubiera adquirido cuando lo hice, podría no haber notado la luz que brilló de repente en lo que parecía una oscuridad sin estrellas. Me alcanzó a través de la música. Estaba próximo a cumplir 16 años y me interesaba en Mahler. Habiendo derrochado mis ahorros en un reproductor de CDs, compré una grabación de Bernstein de la Segunda Sinfonía, la *Resurrección.* La significación cristiana del tema me era conocida, pero me dejaba frío. Aunque había sido bautizado, nunca me había proclamado creyente. Si algo tenía era hostilidad. El cristianismo me parecía un vuelo ilusorio lejos del drama interior con el que estaba lidiando, un drama lleno de ambivalencia muy lejos de las certezas estudiadas de los predicadores.

Los embajadores de la fe no lograron, en general, impresionarme. Yo estaba orgulloso de declararme agnóstico, un término que me daba independencia mental sin exigir mucho a modo de afirmación. Mahler, para mí, se trataba de armonía e instrumentación. Sin embargo, cuando escuché la sinfonía, no pude permanecer indiferente. No esperaba sentirme tan conmovido. Lo que la música decía lo reforzó el texto del compositor, y así me

sentí doblemente compelido. El solo de contralto del cuarto movimiento evoca de forma descarnada la suerte del hombre, aunque serenamente. Basándose en un fragmento de *Des Knaben Wunderhorn,* afirma que, de algún modo, desde alguna parte, un destello iluminará el progreso nocturno del que a tientas busca el día con determinación.

En medio de esta serenidad, el quinto y último movimiento surge como una tormenta. Evoca imágenes alusivas al caos, a un mundo en las garras del *tohu wavohu,* "informe y vacío", del que nos habla el primer verso de la Escritura. Gradualmente, se va formando un tema rítmico dentro de lo que podría considerarse como mero ruido. Es articulado primeramente por los instrumentos de cuerda de una forma profunda y oscura. Luego ondula a través de la orquesta. Une sus innumerables voces, dándolas una dirección y un sentido. Las sugerencias contenidas en esta oleada melódica son explicitadas por el coro:

Estás sembrado para florecer de nuevo.
El Señor de la cosecha va y
nos reúne, como gavillas,
a nosotros, que hemos muerto.

¿Pudiera ser verdad? Antes de que la incredulidad tuviera tiempo de configurarse, fue silenciada por voces que cantaban una esperanza que debía haberse gestado en mis profundidades, secretamente, porque la reconocí como mía:

Ten fe, corazón mío, ten fe: nada se perderá para ti.
Lo que has anhelado es tuyo, sí, tuyo;
tuyo es lo que has amado
y aquello por lo que has luchado.
Ten fe: no has nacido en vano.
No has vivido o sufrido en vano.

Al oír estas palabras, algo estalló. La insistencia machacona, "no en vano, no en vano", era irresistible. No era solo que lo quisiera creer. Sabía que era verdad. Suena como algo trillado, pero en ese momento, mi conciencia cambió. Con una certeza que no nació ni de una emoción sobresaltada ni de un frío análisis, supe que llevaba algo dentro de mí que llegaba más allá de mis límites. Fui consciente de no estar solo. No hubo un entusiasmo especial ni un movimiento extático interior. No hubo lágrimas. Pero no podía dudar de la verdad de lo que había encontrado como no podía dudar de mi propia existencia. El sentido de ello nunca me ha abandonado. Que esto fuera así me asombra todavía.

¿Qué había ocurrido? Creo que puedo afirmar: había recordado. En una percepción privilegiada, provocada por la música, había encontrado confirmadas mis más profundas intuiciones. La angustia de las cicatrices, la crónica de la presunción humana contra el mismo hombre, correspondía al mundo como era, al mundo que yo habitaba. Su realidad se había colado en mi interior. Sentía dolor por aquello en lo que nunca me había detenido a pensar: que tenía un alma. Todo esto surgió de un manantial interior que antecedía y superaba mi experiencia. Era

consciente de una palpable comunión con la humanidad, que percibí ante mí como una masa sufriente ensombrecida por la muerte. Tenía el deber de no desviar mi mirada, de esto estaba seguro: tenía que tener la decencia de ver. Pero una voz cantaba dentro de mí: "¡no en vano!". Mahler me hizo sentir que uno puede encarar la vida sin ceder al desánimo o la locura, ya que la angustia del mundo es abrazada por una infinita benevolencia invistiéndola con un propósito. Al haber encontrado -recordado- esta benevolencia, la reconocí como una presencia personal. Quería seguirla, aprender su nombre, percibir sus características.

Busqué orientación en la Biblia. Hasta entonces, había sido en todos los sentidos un libro cerrado para mí, un arsenal, pensaba, de tópicos y dogmas abstrusos. Algo de su vocabulario me repelía. Pero también encontré palabras atrayentes:

Mi alma te ansía de noche;
mi espíritu en mi interior
madruga por ti.
También vosotros ahora sentís tristeza;
pero volveré a veros,
y se alegrará vuestro corazón.
Todo lo que se expone a la luz se hace luz.

No puedo decir que entendiera el significado de tales frases, o incluso que las entienda hoy, pero me otorgaron algo de reconocimiento. Era como si me hablaran de cosas familiares, trayendo a la mente memorias olvidadas. De este modo, la propuesta cristiana surgió en mí desde dentro, resonando en

las vibraciones de mi mente y de mi alma, incluso de mi cuerpo. Me reveló mi anhelo. Para algunos la conversión es instantánea, el efecto de una luz repentina. Mi trayectoria ha sido diferente. En cierto sentido no ha sido especialmente espiritual, si uno quiere indicar con esa palabra un toque evidente de la trascendencia. El misterio de Dios se me hizo manifiesto en modos velados, densamente encarnado. He recorrido mi camino de un estado de conciencia al siguiente. Incluso el estudio estrictamente académico de la teología llegó a ser para mí (y así permanece) una disciplina concreta, una forma de realismo radical del que mi vida depende. Cuando la teología pierde esta urgencia, cesa de interesarme.

El espacio dentro del cual se desarrolló mi búsqueda fue la Iglesia Católica. La observé primero desde la distancia, atraído por su historia larga e ininterrumpida. Cuando entré dentro, encontré un espacio cálido y hospitalario en el cual me encontraba a gusto. Había descubierto un entorno que abrazaba mis contradicciones sin comprometer la verdad. Podía dirigir y purificar tanto mi ,dolor como mi deseo. Cuando caí en la cuenta del alcance de la acción sacramental, por la cual todo lo que hay en el cielo y en la tierra se une en un único momento, el Sentido de las cosas tomado en las manos de un ser humano roto para ser roto, pero sustentando, curando todo, supe que había llegado a casa.

La Iglesia llegó a ser para mí una inspiradora de memoria. Me permitió leer mi banal y a veces escuálida vida dentro de la narrativa de la redención que no solo alcanzaba los tiempos del prin-

cipio sino también los recuerdos del futuro, de la eternidad. Permanecer dentro del núcleo de esta narrativa es oír, algunas veces con terrible claridad, los gritos desoladores de la humanidad; es oír, también, la voz ronca del mal; y ello, no vagamente alrededor, sino en el corazón de uno. Uno puede solamente perseverar en tal escucha, atendiendo, al mismo tiempo, a otra voz discreta pero imperativa que habla, "¡Está cumplido!". Se las arregla, con genialidad armónica, para unir los violentos gritos del "¡Crucificalo!" y del angélico "¡Hosanna!" en un único acorde que surge de la disonancia y conduce a una belleza inaudita.

El látigo cuya imagen permanecía ante mis ojos cuando era niño continúa siendo lo que era. Sigue infligiendo heridas reales que exigen ser vistas y lloradas. Sin embargo, no están más allá de la curación si son irradiadas por un destello del fuego que destruye la noche, el fuego que ha venido al mundo como amor y simplemente necesita ser encendido para arder. Una vez que comprendí que ser monje es ofrecer la vida como madera seca a este propósito, estaba seguro: era lo único que quería. A través de este modo de vida, podía asumir libremente la tarea que había sido puesta sobre mí en la niñez con una extraña anticipación.

Es un trabajo que me estira en todas las direcciones. Ser monje es habitar en un universo ilimitado. Es ser empujado hacia lo alto y lo profundo, lo largo y lo ancho que toca el infinito. Cuando es vivida sinceramente, la vida monástica es un hábitat de transformación. Los Padres describen cómo el

corazón del monje es triturado, luego abierto y, en ese proceso, curado. Comienza a hacerse más ancho, hasta el punto de contener el mundo entero, recordando su difícil situación ante Dios, recordando el mundo a la misericordia de Dios. El corazón del monje, conformado al de Cristo, es una tienda del encuentro. Tienda dirigida hacia lo alto en una alegría que es muy segura por haber sido probada. La alegría que a menudo me rehuía cuando era joven se me da ahora. Es al mismo tiempo bien conocida y nueva. Veo la oscuridad aún, ¿cómo no podría verla? Pero ha perdido su fascinación. Sé que ha sido taladrada. "Incluso la tiniebla no es oscura para ti", dice el salmo[1]. Eso, ante todo, nunca debe ser olvidado.

Hablar de recordar es hablar de identidad. Recordamos lo que hemos sido, lo que nos ha hecho lo que somos. Al mismo tiempo, somos lo que recordamos. Nuestro recuerdo no está nunca confinado a nuestra sola experiencia, ya sea ésta amplia o pequeña. Descubrimos -si nos atrevemos- que la memoria es más que un depósito estancado de recuerdos privados. Recordar; recordar realmente, es soltar nuestras amarras y zarpar mar adentro, con todo lo que conlleva de peligro y euforia. Mentes privilegiadas han analizado este proceso, desde Platón pasando por Agustín a Carl Gustav Jung y, a su manera, Proust.

---

[1] Sal 138, 12.